

Un Monasterio Milenario

UN MONASTERIO MILENARIO

(Mar-Sabas, Palestina.)

Por mucho que las fotografías nos hayan familiarizado con el extraño espectáculo de San Sabas, la sensación que uno experimenta al encontrarse frente al convento, en los barrancos del Cedrón, en medio del desierto de Judea, es uno de los más extraños que se pueden imaginar. « No hay medio de dar una idea exacta de su arquitectura », dice Saulcy. Y realmente no sólo no hay medio de dar una idea de su arquitectura, si esto puede en vigor llamarse así, no sólo no hay medio de comprender el misterio de sus líneas, sino que apenas logra el peregrino explicarse su equilibrio en este flanco de un precipicio. Desde lejos los singulares balconillos de cañas y de palmas colgados como nidos de águila en las asperidades perpendiculares de la roca, sorprenden. ¿Quién ha podido tener la fantasía de crear esta aldea aérea? — se pregunta uno. — ¿Quién ha realizado el milagro de llegar hasta ahí para construir esas chozas suspendidas en

el vacío? El recuerdo del célebre monasterio de San Jorge embutido en plena roca en un desfiladero de vértigo, acude á la memoria cual una pesadilla. Lo mismo que allá en las inmediaciones de Jericó, en efecto, aquí en Mar-Saba, en este lugar de desolación, de sed, de mirajes y de fiebres, sólo la idea de una sublime locura mística puede explicar la existencia del convento. Desde hace exactamente quince siglos, todo un pueblo de cenobitas vive en estas rocas, en estas grutas, bajo este cielo. Desde hace quince siglos, el sol de fuego ve á las mismas horas en los mismos lugares las sombras arrodilladas ante las mismas piedras... Desde hace quince siglos el eco del desierto repite estas mismas frases.

« El esfuerzo común de los monjes avivado por el miedo de que los árabes profanen las santas reliquias, ha elevado, á través de las edades, los muros y las torres que encierran el claustro y la iglesia. Pero dentro de este recinto petrificado, el verdadero cenobio sigue siendo un amontonamiento ó mejor dicho un laberinto de celdas de trogloditas.

— Tal cual vemos esta gruta, así era cuando el santo fundador de nuestro convento lo habitaba — dicen los frailes.

Un sendero suspendido en el abismo conduce á la celda venerable de San Sabas, que aun continúa abierta, sin puertas, para que los leones puedan venir, como en otro tiempo, á dormir

al lado de los santos... Sólo que ahora ya no hay, en Judea, ni leones ni santos. Los monjes griegos que ocupan el cenobio milenario, son como sus rivales los franciscanos, grandes disputadores y grandes acaparadores para los cuales la inocencia primitiva de los solitarios del desierto es una virtud perdida. Lo único que aun conservan, como homenaje al alma seráfica de su dulce patrón, es el amor de los pájaros que viven en las grietas de las rocas y que acuden todas las mañanas á comer en los platos del refectorio. El aspecto mismo de Mar-Saba, antaño hosco infinitamente, ha cambiado en estos últimos tiempos, pues los higúmenos del convento han hecho traer tierra vegetal del oasis del Jordán para plantar algunas hortalizas en jardincillos que son, entre las desoladas soledades, extrañas y macabras, como flores en la cabellera de una momia.

— Si tuviéramos aguas en abundancia — me dice el monje que me acompaña, — convertiríamos todas las inmediaciones en un vergel. Por desgracia no poseemos sino el manantial que San Sabas hizo brotar con sus oraciones, para que sus compañeros no se muriesen de sed.

* * *

¡Extraña y encantadora figura la del viejo

taumaturgo de Capadocia! En un vetusto pergamino leo su vida, mientras los monjes celebran sus oficios de la tarde. Mi guía, echado en una tarima de la torre conventual, hace una siesta bien ganada. El silencio es completo. Por una ventana alta y estrecha, distínguese la tierra seca é incendiada. Las palomas y los mirlos se inmovilizan en los balconillos rústicos, con un sopor de canícula. La paz es absoluta. Y poco á poco, de entre las amarillentas páginas de mi infolio, la imagen patriarcal surge, nimbada de humildad, embellecida de pobreza, beatificada de inocencia. Cuando Sabas abandonó su Mutalasca natal para visitar los lugares santos, era un mozalbeté robusto que aun no contaba diez y ocho años. Más que Jerusalén mismo, deseaba conocer las comunidades famosísimas en las cuales los ilustres cenobitas llevaban una existencia de perpetua penitencia bajo la dirección espiritual de Eutimio, de Teoctistes y de Elpidio. Como peregrino, pasó algunos meses en el monasterio de Pasarión haciendo la vida de los austeros monjes. « Para un mozo como tú — díjole un día el superior — nuestra regla debe ser demasiado severa. » Sabas contestóle modestamente, que se hallaba muy á gusto bajo su santa dirección. Pero poco después, habiendo oído decir que la regla de San Eutimio era mucho más rígida que la de Pasarión, abandonó este convento y pidió que lo aceptaran en el otro. San Eutimio trató

primero de disuadirlo. « Nuestra vida — díjole — nos conviene á nosotros que somos viejos y que no tenemos temores de muerte ni de fatiga. Mas los jóvenes como tú, no pueden acostumbrarse á nuestro ayuno, á nuestro silencio, á nuestras penitencias. » Luego, vencido por las súplicas ardientes del nuevo religioso, hízolo aceptar, como novicio, en el « lauro » de Teoctistes, donde se distiguió en seguida por su espíritu de sacrificio y de humanidad. Para probar que se creía el último de todos, servía de criado á los leñadores y pedía á los arrieros que le permitieran llevar la misma carga que un camello. Un día San Eutimio llamólo á su celda y le dijo : « Hace diez años que eres novicio y aun no me has pedido que te acepte de un modo definitivo ». El pobre monje creyó que su superior se burlaba de él. ¿Diez años aquellos breves días?... En su alma, apenas hubiera creído llevar diez meses de noviciado. « Diez años enteros » — repitió Eutimio. Entonces Sabas, arrodillándose, exclamó : « Padre mío todo bondadoso, un solo favor quiero pedirte y es que me permitas retirarme durante algún tiempo á una gruta apartada para ayunar en silencio y para trabajar con mis manos pecadoras ». En cuanto obtuvo esta autorización, internóse en el desierto y ahí vivió cinco años, sin ir á su monasterio sino para entregar cada semana los cestos de mimbres que tejía. Á la muerte de su santo protector, abandonó su primera caverna

y vino á esta cima del barranco del Cedrón en busca de una soledad absoluta. El sitio, entonces como ahora, era de una tristeza congojante. Todo el espacio que la vista abarca estaba cubierta de una tierra cenicienta. Ningún árbol elevaba su copa en la infinita soledad. Ningún sendero indicaba el camino de Belén ó de Jericó. Las fuentes mismas estaban tan alejadas que para llegar á la menos remota había que andar horas enteras entre los abrojos del barranco. El solitario escogió, para vivir, la caverna más elevada en el lugar más escarpado. Hoy mismo, á pesar de los peldaños labrados en la roca, resulta difícil llegar hasta aquí. En otro tiempo la ascensión era un ejercicio temerario. Durante cinco años el santo vivió solo, sin hablar, casi sin comer, durmiendo unas pocas horas cada noche, orando sin cesar. Su fama de santidad extendióse poco á poco por la Judea. Algunos cenobitas acudieron atraídos por sus virtudes y se establecieron en las cavernas cercanas. La «laura» de San Sabas fundóse así, á pesar de la voluntad del santo que hubiera preferido continuar solo hasta el día de su muerte. Lo que no había hecho para sí mismo, lo hizo para sus discípulos. Orando á hurtadillas, hizo brotar un manantial para tener agua en abundancia. Luego edificó una capilla de cañas y de barro. Una tarde, cuando tenía ya cerca de setenta años, una anciana acercóse á su celda y arrodillándose ante él le dijo: «Hijo mío, yo soy

tu madre y quiero morir cerca de ti. Mi vida no será larga. He llegado al fin de mi jornada y siento que el soplo se apaga en mi pecho». El santo arrodillóse al lado de ella y sosteniendo su cabeza con sus manos piadosas, oró largo rato. Cuando la anciana murió, su fortuna, que era considerable, fué empleada en fundar hospitales y en agrandar el convento. La torre en la cual los cenobitas actuales me han alojado, data, según la tradición local, de aquella época de esplendor. Mas ¡ay! los monjes que en la pobreza habían vivido beatamente, apenas enriquecidos se rebelaron contra la autoridad de su jefe. Entonces Sabas, entristecido, pero no irritado, abandonó su monasterio y se retiró á un campo de las inmediaciones de Nicópolis en el cual no tuvo ni una caverna para defenderse contra la lluvia y contra el sol. Á su derredor otros anacoretas se agruparon. Una nueva comunidad nació al soplo de su santo ardor. Cuando el patriarca de Jerusalén se enteró de lo que pasaba en el desierto, ordenó á Sabas que volviera á su primera «laura» donde su presencia y su autoridad eran necesarias. Entonces, fué cuando el santo, al entrar en su celda, la encontró ocupada por un león que dormía. «Pobre animal» — dijo. Y después de orar largo rato quedóse dormido junto á él. Cuando se despertó, el león estaba á sus pies y le lamía las heridas que le habían causado los guijarros del camino. La noche siguiente, el león

acudió de nuevo á dormir en su celda. « Quédate, conmigo mientras quieras » — díjole el santo. El león continuó así durante más de un año, compartiendo el duro lecho y el duro pan del anacoreta. Ya casi centenario, oyendo decir que el emperador Justiniano estaba animado de una terrible indignación contra los cristianos de Palestina y que se preparaba á castigarlos de crímenes imaginarios, Sabas decidióse á emprender el largo viaje de Bizancio. « No sé si el basileus me recibirá — decía, — pero sé que sino me recibe moriré á la puerta de su palacio orando por él y por mis hermanos de Judea ». Justiniano, que conocía la santa historia del monje, acogiólo con veneración y lo escuchó arrodillado. Luego le dijo : « ¡ Que la paz sea contigo y con tus compañeros ! Vuelve á Palestina y llévate una suma importante que mi tesorero va á darte. Yo te protegeré y protegeré á los que te rodean. — No necesito suma ninguna » — contestóle Sabas. Entonces Justiniano le dijo : « Dame tu bendición ». Y Sabas lo bendijo. Luego regresó á su monasterio donde murió beatamente.

*
* * *

Los monjes actuales no parecen tener una veneración muy profunda por el fundador de su convento. Tanta pobreza, tanta humildad,

tanta modestia, tanto desinterés, no se les antoja, sin duda, digno de un verdadero gran santo. Sin decirlo claramente, todos ellos murmuran, entre flores de retórica mística : « Sin duda, sin duda, el patriarca Sabas fué un buen hombre lleno de fe y de bondad... sin duda fué un piadoso ejemplo de renunciamiento y de perfección espiritual... sin duda su vida es un espejo sin mancha... Pero entre nuestros predecesores tenemos algo más digno de admiración y de respeto, puesto que San Juan Damasceno, el magno poeta, fué nuestro hermano.

Á cada paso, en efecto, el fraile que me guía por estos laberintos me hace notar las huellas del doctor de Damasco.

— Esta es la capilla de San Juan... Esta es la celda de San Juan... Este es el banco de San Juan... Esta es la terraza de San Juan...

En la biblioteca misma, cuando tomé el viejo infolio que refiere la vida del santo Sabas y de su compañero el león, mi buen cicerone hubiera preferido verme escoger una de las numerosas ediciones del *Poema de la Transfiguración*, de San Juan Damasceno, que figuran en los estantes.

— Tenemos una traducción francesa — díjome enseñándome el tomo de la obra sobre el Tabor del Padre Bernabé, en la cual figura la versión famosa hecha por el reverendo Juan de Santa Eulalia.

Pero yo, sordo á sus palabras tentadoras, preferí la compañía del viejo anacoreta primitivo, á la lírica presencia del orgulloso santo poeta.

* * *

Entre todos los conventos de Tierra Santa, ninguno ha conservado tan visiblemente, hasta puede decirse tan teatralmente como éste, las huellas de la antigua vida monástica oriental. En cada uno de sus rincones, las sombras de los anacoretas de los grandes siglos de penitencia, surgen envueltos en sus divinos harapos, con sus rostros lívidos y sus ojos de fuego. Las cavernas en las cuales vivían, silenciosos, sus vidas de perpetuo sacrificio, están todavía tales cual las dejaron al morir los Hilarios, los Serapios, los Pafnucios. Los monjes actuales, encerrados dentro del recinto de los muros del claustro, tienen celdas con balconcillos de ramas secas, y refectorios amplios, y capillas suntuosas, y bibliotecas con tesoros de sabiduría, y trajes nuevos. Pero basta con asomarse á una de las terrazas para que toda la vida actual del convento desaparezca y que, en su lugar, surja, maravillosa y austera, la antigua existencia de los « lauros » orientales. El mismo espectáculo de la naturaleza explica en gran parte la formación

del alma mística de los primeros siglos cristianos de la Judea. En esta soledad desoladora, bajo este cielo ardiente, la imaginación llega, poco á poco, á desarraigarse de la vida vulgar para no concebir sino una vida del espíritu. Nada habla aquí á los sentidos. La palmera plantada por San Sabas en uno de los desfiladeros del barranco, álzase, en el aire calcinado, como un esqueleto de árbol. En lontananza, ninguna habitación, nada de humano, nada más que la tierra, muerta de sed, brillando con sus reflejos cambiantes en las ondulaciones desiertas. Cuando pasa, á lo lejos, una caravana betlemita, los camellos escuálidos destácanse, en la inmensidad clara, con formas enormes y fantásticas, como bestias de ensueño. El silencio es tan grande, tan profundo, tan impresionante, que el simple vuelo de una paloma de las que anidan entre las rocas, produce una vibración en el espacio. Pero toda esta soledad y todo este silencio no existían para los cenobitas. Ellos tenían un mundo encantado en el cual las formas eran sublimes y las músicas celestiales. Ellos veían á Jesús, que andaba entre los guijarros sin herirse los divinos pies, y que se acercaba á las celdas de los más piadosos monjes para inspirarles beatas meditaciones... Ellos descubrían, entre los celajes vespertinos, legiones de bienaventurados que formaban, al pie del trono de la Virgen, un cortejo real... Ellos percibían, en fin, entre las sombras nocturnas,

los resplandores de los seres sobrenaturales cuyas virtudes son todopoderosas... No hay más que abrir un libro cualquiera de los que se amontonan en las librerías conventuales, para ver cuán natural era, para los cenobitas, lo sobrenatural. He aquí, entre otros muchos, los escritos de Catimpré y he aquí una de sus páginas abierta al azar: « Un día — dice — en que el hermano Enrique visitaba como provincial un convento del orden de Accon en Palestina, fué conducido como era costumbre, después de la comida, fuera del claustro para tomar algún solaz. Sentados en un lugar cómodo, hacia el oeste, los religiosos vieron al poco rato una nube que se elevaba á lo lejos; y esta nube se desvaneció y entonces vieron aparecer en su lugar una montaña considerable en cuya cima habia un castillo rodeado de muros y de torres. De aquel castillo un puente conducía á la tierra y en el puente veíase una multitud de caballeros y de peones que iban y venían ». Estas visiones cotidianas constituían al mismo tiempo la regla de vida y la fuente de inspiraciones de los cenobitas. Encerrados en sus celdas de roca, los santos hombres oían voces que les ordenaban lo que debían hacer. « Ve á Alejandria para salvar á la bella Thais del pecado » — dijeron las voces á Pafnucio. Otras veces las voces eran más exigentes y ordenaban á los solitarios que fueran á las ciudades donde habia reyes heréticos, para convertirlos ó para obtener de ellos la

palma del martirio. San Jerónimo encontró en este desierto la fuerza de persuasión necesaria para obligar á Santa Paula á consagrar á Jesús la virginidad de su hija Eustoquia y obtener así el título de « suegra del Señor ». Macario voló más alto aún, pues oyendo una voz que le ordenaba salvar á un hombre del peligro en que hallábase, salió de su cenobio y echó á andar por el campo, y al encontrarse con un campesino que acababa de ser enterrado, pensó que sin duda era aquel ser humano que se veía en gran peligro por haber muerto en estado de pecado. « Levántate » — le dijo. Y el muerto salió de su tumba. El único riesgo, entre taumaturgos, consiste en confundir la voz divina con la voz diabólica, como le sucedió á aquel pobre monje Valens, originario de esta misma región, y que tuvo en la Thebaida fama de santo. Su orgullo era tan grande, dicen los historiadores de su triste vida, que se figuraba estar siempre rodeado de Ángeles á quienes Dios les habia confiado la misión de servirle de esclavos. Una noche, como la aguja con la cual cosía sus harapos se le perdiera en la arena, un querubín bajó del cielo con una antorcha en la mano para ayudarlo á buscarla. « ¿Por qué no comulgas? » — preguntóle cierto día uno de sus vecinos. — « Porque vivo en estado de gracia » — contestó Valens. Entonces el diablo rodeado de mil demonios que habian tomado apariencias angélicas, acudieron á la

caverna del cenobita orgulloso. El diablo habíase transfigurado, adoptando el aspecto de Nuestro Señor Jesucristo. Un ángel arrodillóse ante Valens y le dijo : « ¡ Oh ! santo entre los santos, nuestro Señor admira tu fe, tu constancia y tu libertad de conciencia. Helo aquí, que viene á abrazarte, para que conozcas su amor por ti. Acércate y arrodíllate ante su gloria ». El fraile adelantóse hacia el diablo y se arrodilló y besó sus pies. Luego, encontrando á sus compañeros de penitencia y de religión, díjoles : « Yo soy el más grande de los santos y Jesús viene á visitarme ». Los cenobitas, comprendiendo lo que había pasado, arrodilláronse para orar por aquel demoníaco que, perdiendo la humildad, había perdido todas sus virtudes. »

El fraile griego de alto birrete y de lengua cabellera, que me refiere la aventura de Valens en la terraza del convento de San Sabas, me asegura que su orden ha conservado casi intacta la regla primitiva.

— Vivimos como los fundadores del claustro, — murmura.

Pero en seguida agrega :

— Lo único que hemos rechazado es la antigua afición á lo maravilloso, que tantos peligros ofrece.

*
* *

En vez de cultivar místicos mirajes, en efecto, los frailes actuales cultivan sus hortalizas. Un plan de lechugas es menos arriesgado que una visión. Mas cuando uno viene aquí con la cabeza llena de relatos fantásticos y de imágenes sobrenaturales, la tranquilidad algo burguesa de los cenobitas modernos desconcierta y entristece. Lo único que aun conserva su carácter arcaico en la hospitalidad que el claustro ofrece á los viajeros es el ceremonial de la recepción. Al llegar á la puerta hay que llamar á voces. Un monje aparece, entonces, en lo alto de una almena, y deja caer un cesto sostenido por una cuerda, en el cual hay que depositar la carta de recomendación que el superior de la orden da en Jerusalén. Al cabo de media hora el mismo monje aparece detrás de un postigo y examina atentamente al peregrino. Si el examen es satisfactorio, una puertecilla baja se entreabre y el viajero puede entrar para descansar en el diván de una torre inexpugnable. Todo esto, que en otro tiempo tenía su razón de ser á causa de la rapacidad de las hordas beduínas, hoy no guarda más objeto que el de conservar las tradiciones pintorescas. Y, aunque el ceremonial es incómodo, yo lo aplaudo, pues nada me habría sido tan desagradable como entrar en este antro milenario cual en una de esas « casas nuevas » en las cuales los franciscanos ejercen su industria de hosteleros místicos. El gran Chateaubriand, que fué un

épico «*meteur en scène*» de su propia vida, no contento con la realidad ordinaria, quiso, para poner su visita á la altura del sitio, penetrar trágicamente en el primer patio de San Sabas. Hay que leer en el *Itinerario* la página escrita aquí por el gran poeta para comprender cómo un paisaje terrible inspira siempre invenciones terribles. Escoltado por un jefe betlemita y veinte árabes armados, el altivo vizconde se acercaba, una mañana de otoño, hace cerca de un siglo, á las puertas del monasterio. El panorama estupendo de la montaña desnuda llenaba de exaltación su alma romántica. Las torres almenadas y los paredones hoscos le sugerían ensueños patéticos. De pronto, la Providencia hizo surgir de entre las cenizas del desierto una horda de beduinos que se precipitó contra los betlemitas. Los frailes griegos abrieron las puertas para que el ilustre romero pudiera escapar al ataque de los salteadores nómadas. «*Nous nous précipitâmes tous pêle-mêle dans une cour* — dice Chateaubriand — *et la porte se referma sur nous. L'affaire devint alors plus sérieuse : nous n'étions point dans l'intérieur d'un couvent; il y avait une autre cour à passer et la porte de cette cour n'était point ouverte. Nous étions renfermés dans un espace étroit, où nous nous blessions avec nos armes, et où nos chevaux, animés par le bruit, étaient devenus furieux* Ali prétendit avoir détourné un coup de poi-

gnard qu'un Arabe me portait par derrière, et il montrait sa main ensanglantée». Hoy los que nos aventuramos por estas montañas no llevamos escolta ninguna, ni tememos ataques de ninguna clase.

— No hay memoria de ataques como el de M. de Chateaubriand, — me asegura mi guía.

Pero el fraile que me hace los honores del convento, pretende que los beduinos son siempre peligrosos, y que si los muros claustrales no fueran inexpugnables, muchas veces los monjes habrían sido víctimas del odio que los árabes tienen contra los cristianos. En una capilla obscura, un amontonamiento de calaveras amarillentas sirven para recordar á los actuales religiosos que entre sus predecesores hubo millares de mártires. «*Es nuestra perpetua lección de prudencia*» — murmura el sacristán. Y á fe mía, esta lección nadie parece dispuesto á olvidarla en el santo recinto. Para ir hasta la fuente, que se halla fuera de los muros, la empresa hace pensar en aquellas complicadas maniobras puestas en práctica por los defensores de los castillos medioevales en tiempo de guerra. Un desfile de negros monjes se organiza. Cada uno lleva una cuba. Un centinela sube á la más alta torre, para ver si no hay árabes nómadas en las inmediaciones. Cuando da el grito tranquilizador, una escalera de mano pone en comunicación el lugar de la fuente con el muro conventual. Cada

monje llena su cuba. En seguida la escalera se levanta y el aislamiento vuelve á ser absoluto.

* * *

De mi lugar de reposo, veo, desde ayer, con una emoción llena de congoja, los desfiles medrosos y solemnes. Los hábitos negros, los birretes negros y las barbas negras, impresionan profundamente en esta áspera soledad. La regla de San Basilio á la cual se someten siempre los frailes de San Sabas, los obliga á llevar una existencia que, sin ser la perpetua obra de penitencia de los cenobitas antiguos, tiene aún su belleza moral y su ascetismo impresionante. Muy frugales y muy devotos, logran, á fuerza de privaciones y de oración, adquirir esa palidez ebúrnea que tanto sorprende en los santos bizantinos. Sus ojos, en general negros, brillan como brasas en la lividez de la faz. Sus manos exangües se destacan sobre el luto de las vestiduras con una nitidez muy aristocrática. « Nuestra primera obligación — dicen los higumenos de la orden — es la pobreza más absoluta ». Y en verdad, estas palabras que en otros conventos griegos y latinos no son sino un escarnio, aquí, en esta soledad, en este abandono, en este retiro salvaje, suenan con una clara franqueza. Los mismos jardincillos

plantados en la tierra vegetal traída de Jericó, apenas producen algunas verduras raquílicas. El pan de cada día viene, como un maná, del cielo de la caridad lejana. Unas cuantas semanas de olvido bastarían para que todos los hijos de San Sabas se murieran de hambre ante la montaña impasible é implacable cuyo suelo no produce ni una mata seca para entretener las largas privaciones de los camellos.